

¡La madurez tiene su precio!

Tom Riley

Cuando mi amigo John Mark veía morir prematuramente a su hijo de 16 años, estaba al límite de lo que podía soportar. Ya había perdido a su esposa (al principio de su matrimonio) mientras trabajaban en el hogar para huérfanos Potter en Bowling Green, Kentucky. Ahora, mientras John Mark seguía impartiendo sus cursos de posgrado en la Universidad de Lipscomb, luchaba con Dios por el dolor de la pérdida.

Me contó que la gente le recuerda todo el bien que Dios puede hacer con su dolor:

- "Serás más fuerte en la fe".
- "Serás mejor pastor".
- "Podrás ministrar a mucha gente en su dolor".
- "Madurarás en Cristo".

Y seguía y seguía la lista de amigos bienintencionados. Me dijo: "Esto es lo que tengo ganas de decirles. Pongamos todos estos beneficios en un lado de la balanza, y a mi hijo en el otro. Tú te puedes quedar con todo eso. TÚ sé más fuerte. TÚ ministra mejor. TÚ sé mejor maestro o pastor. TÚ madura en Cristo. ¡YO QUIERO A MI HIJO!"

Un día le pregunté a John Mark qué escritura leía cuando necesitaba ánimo. Su respuesta: el Salmo 13.

“¿Hasta cuándo, Señor, me seguirás olvidando? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro? ¿Hasta cuándo he de estar angustiado y he de sufrir cada día en mi corazón? ¿Hasta cuándo el enemigo me seguirá dominando? Señor y Dios mío, mírame y respóndeme; ilumina mis ojos. Así no caeré en el sueño de la muerte; así no dirá mi enemigo: «Lo he vencido»; así mi adversario no se alegrará de mi caída. Pero yo confío en tu gran amor; mi corazón se alegra en tu salvación. Canto salmos al Señor. ¡El Señor ha sido bueno conmigo!”

El remarcó que este salmo empieza con agonía y con una discusión con un Dios cuyos hombros son lo bastante fuertes para soportar ese peso. Y cierra el círculo volviendo a la alabanza. Después de todo.

Mientras continuamos nuestra serie sobre la *Madurez en Cristo* (con esta lección que trata del hecho de que la madurez tiene su precio), me acuerdo de los miserables confortadores de Job que llegaron

con todo tipo de consejos y reprimendas. Habrían sido una mejor compañía si hubieran mantenido la boca cerrada. Así que, viendo el resultado, quizás no hay que hacer lo mismo con la gente que está afligida. Tal vez, solo tal vez, es mejor para cada uno de nosotros interiorizar, asimilar y acercarnos más a nuestro Dios, que nos ama más de lo que podemos imaginar.

Diecisiete años de mi ministerio con mi esposa, Anne, los pasamos en el desierto de Sonora, en Arizona, Estados Unidos. ¡Es un lugar precioso! ¡Pero hay espinas por todas partes! Ahí están los enormes cactus Saguaro. Majestuosos, con los brazos en alto. El Ocotillo, de largos dedos, con flores anaranjadas en las puntas, como esmalte de uñas. Y la Chumbera. Pero, luego está mi favorita: la Cholla. También se la llama la Cholla Oso de Peluche, porque parece tan mimosa. O la Cholla Saltarina, porque se te engancha si te acercas demasiado.

En su día, creamos un grupo llamado los Senderistas del Cañón. Hacíamos senderismo más o menos una vez al mes. ¡Qué divertido! En una de esas excursiones, en Elephant Mountain, cerca de Cave Creek, caminaba con mi amigo Garth Nash. Mientras estábamos andando, Garth se detuvo... justo al lado de una Cholla. Y dijo: "Mira esto." Extendió la mano, pellizcó una espina y tiró de ella. Una vaina se desprendió de la espina. Cuando le pregunté para qué servía la vaina en las espinas de la Cholla, respondió: "No tengo ni idea. Es solo uno de esos hermosos extras en la creación de Dios."

El relato de la creación de las espinas se encuentra en Génesis 3 –en el acontecimiento que llamamos la Caída de la Humanidad. En su desobediencia, Adán y Eva comieron del fruto prohibido. Es aquí donde Dios maldijo a la serpiente en lo que es la primera referencia bíblica a la obra redentora de Jesús. Habla de la enemistad entre la serpiente y la simiente de la mujer, y de que la serpiente mordería a la simiente de la mujer en el talón, mientras que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. (Ver Génesis 3:14-15.) La maldición para Eva fue que tendría el dolor del parto. Luego, estaba la maldición sobre Adán por no obedecer a Dios. La tierra produciría espinas y el hombre trabajaría duro para cultivarla. Sería con el sudor de su frente. (Ver Génesis 3:16-19.)

Aquí está el comienzo del pecado y la muerte, el comienzo del dolor y el sufrimiento, el primer indicio del camino a la cruz donde la "simiente de la mujer" (Jesús) aplastaría la cabeza de la serpiente, y el principio de la existencia de espinas en la tierra.

Cuando la simiente de la mujer aplastó la cabeza de la serpiente, ¿qué llevaba en la cabeza? Espinas –el emblema y la marca de la Caída– en forma de corona, y de hecho, era la corona de los Vencedores.

Hay otra referencia a las espinas en la Biblia. Se trata de la espina en la carne que experimentó el apóstol Pablo. Defendiendo su apostolado ante los creyentes de Corinto, Pablo les recordó sus credenciales de élite (2 Co. 11:21-22). Luego, relata algunos de sus desafíos como alguien que ha servido a Dios más que otros que podían criticarlo. Ha trabajado más arduamente, ha sido encarcelado más veces, ha recibido más golpes, ha estado a punto de morir muchas veces, le han aplicado cinco veces los 40 azotes menos 1 del castigo judío, le han golpeado con varas tres veces, una vez estuvo a punto de morir apedreado, tres veces naufragó, ¡y la lista continúa! (2 Co. 11:23-33).

Pero su principal motivo de orgullo era su debilidad. Porque es ahí donde la fuerza de Dios podía verse más claramente (2 Co. 12:1-10):

“Me veo obligado a jactarme, aunque nada se gane con ello. Paso a referirme a las visiones y revelaciones del Señor. Conozco a un seguidor de Cristo que hace catorce años fue llevado al tercer cielo (no sé si en el cuerpo o fuera del cuerpo; Dios lo sabe). Y sé que este hombre (no sé si en el cuerpo o aparte del cuerpo; Dios lo sabe) fue llevado al paraíso y escuchó cosas indecibles que a los humanos no se nos permite expresar. De tal hombre podría hacer alarde, pero de mí no haré alarde sino de mis debilidades. Sin embargo, no sería insensato si decidiera jactarme, porque estaría diciendo la verdad. Pero no lo hago, para que nadie suponga que soy más de lo que aparento o de lo que digo.

Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara. Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad». Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en las debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte.”

Es fácil distraerse preguntándose qué era la "espina". ¿A qué se enfrentaba Pablo? ¿Era su vista? ¿Se trataba de alguna lesión que le dejó lisiado de por vida? En realidad, no lo sabemos, pero fue suficiente para humillarle y hacerle suplicar a Dios que le aliviara. Curiosamente, Pablo había visto el Paraíso y no se le permitía hablar de ello, pero podía compartir la existencia de la espina. A través de la espina Pablo se hizo mucho más consciente de que la gracia de Dios es suficiente. Es suficiente para todo aquello a lo que nos enfrentamos. Aunque nos gustaría saber más sobre la belleza y la vida en el Paraíso, es más importante saber que la gracia de Dios es suficiente para cualquier cosa que tengamos que afrontar en la vida.

Recuerda esto:

1. Todos tenemos espinas. Todo nos enfrentamos a algo. Si te estás enfrentando a algo y te parece sobrecogedor, que sepas que no eres el primero en hacerlo, y tampoco serás el último. Tenemos esto en común.
2. Está bien pedirle a Dios que nos quite la espina. Y quizás lo haga. O quizás no. No es un signo de falta de fe pedirlo.
3. Tienes que saber que te basta con su gracia. Él te guiará a través de cualquier cosa a la que te tengas que enfrentar. (Ro. 8:28-39)
4. Si compartes tus espinas con otros, les haces un regalo.

Darrell era un hombre cristiano grande, robusto y devoto que era líder en la comunidad, en casa y en la iglesia. Era nuestro líder de alabanza en una iglesia de unos 1.000 miembros. Su hija es adorable, y su esposa (Debbie) es muy ingeniosa. Una vez el coche de Debbie se paró en medio del tráfico y no podía volver a ponerlo en marcha. El coche de detrás no paraba de tocar la bocina. Así que salió del coche, se acercó al coche de detrás y le dijo al conductor: "Si arrancas mi coche, me sentaré aquí y

tocaré la bocina por ti". Ellos eran algo especial. Y Darrell dirigía nuestra alabanza con el poder del Espíritu Santo.

Entonces, el cáncer le golpeó. Estaba en el cerebro. Le operaron el lunes y al domingo siguiente estaba de nuevo ante la congregación alabando a Dios. Entonces empezaron los tratamientos. Los médicos del M.D. Anderson de Houston le sometieron a una nueva bioterapia. Un domingo se dirigió al podio, golpeó el atril con la máquina de bioterapia al que estaba conectado, la colocó en el atril y dijo: "Me gustaría presentaros a Fred. Es mi nuevo amigo. Pensé en llamar Sally a mi aparato de bioterapia, pero Debbie no lo aprobó; así que os presento a Fred. Estará un tiempo conmigo". Tranquilizó a la congregación.

Un par de semanas después, entró calvo. Cuando empezó a guiarnos en el culto, preguntó: "¿Alguna vez has tenido un mal día con el pelo? (pausa) Esta mañana me he levantado con la cabeza llena de pelo, me he metido en la ducha y, mientras me duchaba, me he dado cuenta de que todo mi pelo se arremolinaba en el desagüe. Sí, un mal día para el pelo." Nos tranquilizó y pudimos seguir con la alabanza.

Algún tiempo después, se levantó para dirigir la alabanza y tuvo una conversación íntima con la familia de su iglesia. Esta sería la última vez que nos dirigiría. Divagó un poco, pero dijo una cosa que nunca olvidaré: "Antes le pedía a Dios que me quitara el cáncer. Ahora se lo agradezco. Es mi regalo. Me acerca más a él." Y... seguimos con la alabanza.

La madurez tiene su precio.